

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

EL COMERCIO

A veces oigo expresiones despreciativas como “la gran Europa que soñábamos se ha convertido en una Europa de mercaderes”. La actividad comercial padece un descrédito que no merece. Recuerdo una deliciosa frase de mi amigo Antonio Mingote en su *Historia de la gente*, refiriéndose al pueblo arquetípicamente comerciante: “Los fenicios extendieron la civilización y cubrieron gastos”. ¡Qué disparate!, ¡Qué blasfemia!, exclamaran los denostadores de esa actividad. ¡No ex-

tendieron la civilización, sino sus productos! Pues quien tiene razón es Mingote. El comercio es una gigantesca creación de lo que llamo “inteligencia social”, es decir, de la actividad compartida de un grupo, de una sociedad o de la humanidad entera para resolver un problema de un modo conveniente para todas las partes. Sin que haya vencedores ni vencidos. No hubo un inventor del comercio sino posiblemente muchos que mostraron que era una conducta útil y, a partir de esa constatación, se abrió una tradición que irá perfeccionándose desde dentro. El “derecho de gentes” romano, antecedente del actual derecho internacional y de la idea de derechos universales, fue en primer lugar, un derecho comercial. Había que marcar unas reglas de juego claras para los intercambios. Fue un espectacular avance civilizador. Abrió las fronteras de la tribu y obligó a entenderse con el extranjero sin apelar a la guerra, la invasión, el saqueo.

No es de extrañar que el primer gran historiador griego, Tucídides, se refiera a la gentes primitivas como “las que no tienen comercio”.

Es interesante recordar la opinión de uno de los grandes genios de la modernidad, Montesquieu, que apelaba al interés económico como antídoto para defenderse de otras pasiones. “*Où il y a du commerce, il y a des moeurs douces*”, escribió. Si les interesa el tema, les recomiendo el estupendo libro de Hirschman *Las pasiones y los intereses*. No es que pretendieran una humanización de las costumbres, es que fueron comprobando que era mucho más útil para su beneficio la existencia de normas estables y universales. La invención del

**EL
COMERCIO,
IGUAL QUE
LA CIENCIA Y
LA TÉCNICA,
ES UN
INVENTO
SUICIDA
CUANDO NO
ESTÁ REGIDO
POR LA ÉTICA**

dinero fue otra consecuencia del comercio y, a pesar de las diatribas morales sobre él, no hay nada que haya contribuido tanto al progreso económico.

Samuel Ricard, en un texto de 1704 muy citado durante todo el siglo XVIII, escribe: “El comercio une a los hombres entre sí a través de la utilidad mutua. A través del

comercio, el hombre aprende a deliberar, a ser honesto, a adquirir modales, a ser prudente y reservado, tanto en el habla como en la actuación. Al captar la necesidad de ser inteligente y honesto para triunfar, huye de los vicios o, por lo menos, su comportamiento muestra decencia y seriedad a fin de no levantar ninguna valoración adversa de sus conocidos presentes o futuros”. La “historia del comercio” deberá formar parte de esa “historia de la cultura” de la que les hablé hace unas semanas, y que ha motivado tantas cartas tuyas.

Como todos los grandes inventos humanos, el comercio también puede posibilitar malas acciones. Asuntos como los expolios colonialistas, o las masacres por los *diamantes ensangrentados* en países africanos, son degeneraciones del comercio, no consecuencias suyas. El comercio, lo mismo que la democracia, la ciencia o la tecnología, se convierten en instituciones suicidas cuando no están regidas por la ética. ■



Raúl